



EL MUSEO UNIVERSAL.



NUM. 41. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID : por números sueltos á 2 rs. ; tres meses 22 rs. ; seis meses 42 rs. ; un año 80 rs. MADRID 11 DE OCTUBRE DE 1868. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs. ; seis meses 50 rs. ; un año 96 rs.—CUBA , PUERTO-RICO Y ESTRANJERO ; un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA , 10 á 15 pesos. AÑO XII.

REVISTA DE LA SEMANA.



uy poco, y eso de escaso interés, habríamos de decir hoy á nuestros lectores habituales, si hubiéramos defijarnos en lo que pasa en el extranjero; preferimos, pues, ocuparnos de lo que

en Portugal, en Inglaterra y en Italia, y vueltos á sus hogares entre las bendiciones y el entusiasmo de sus compatriotas; todo esto daría asunto sobrado para lucirse á la mas ociosa pluma, si la pluma encontrase, en tales circunstancias, la verdadera expresion de los afectos que embargan el ánimo. Renunciamos á ello, en lo cual no hacemos sino imitar á nuestros colegas, limitándonos á reseñar en breves líneas los dos principales acontecimientos de estos dias: la entrada en Madrid del ilustre y bravo duque de la Torre, que en una batalla decisiva, dió el golpe de gracia á la raza borbónica, y del héroe de la guerra de Africa, don Juan Prim, eterna pesadilla de cuantos aquí vivían á la sombra del pasado.

En la tarde del sábado 3 del corriente, hizo su entrada en esta córte el duque de la Torre, acompañado de amigos y voluntarios que le habian seguido desde Andalucía, habiendo tomado parte en la batalla arriba mencionada.

En la estacion de ferro-carril del Mediodía, le esperaba una multitud inmensa, viéndose tambien gran número de carruajes ocupados por personas pertenecientes á todas las clases de la sociedad, como asimismo la Junta revolucionaria.

No recordamos haber presenciado jamás un espectáculo mas conmovedor que el que ofrecia Madrid en aquellos momentos: precedían al general infinidad de grupos y batallones de voluntarios de la libertad, y de paisanos con vistosas banderas; seguíanles escolares, industriales, comerciantes, individuos de las colonias extranjeras, y señaladamente de la italiana, en la que figuraban Rossi, el gran trájico, Tamberlick, Selva y otros célebres artistas del teatro de la Opera, cantando los himnos patrióticos de Riego y de Garibaldi, y lanzando al aire entusiastas vivas; marinos de los buques de Cádiz; los coches del Congreso, donde iban los individuos de la Junta revolucionaria; otros muchos carruajes ocupados por hombres políticos, periodistas, etc., y todo esto en medio de los atronadores aplausos de mas de cien mil almas. El desfile del Pueblo armado, parecia interminable, y aunque se ha dicho que el número de los voluntarios ascendería á unos 16,000, nosotros creemos no exagerar al decir que acaso pasase del doble.

Los balcones, lujosamente colgados, ofrecían un golpe de vista encantador: nuestras mas elegantes damas arrojaban coronas, flores y versos, saludando

con sus pañuelos al general, á los soldados del ejército y de la marina, y á los voluntarios de la libertad. Hubo momento en que temíamos que el heroico vencedor de Alcolea no pudiera llegar á la antigua casa de Correos, local donde se halla instalada la Junta revolucionaria; tan crecida era la multitud que se apiñaba para verle de cerca y victorearle.

Una vez llegado á la casa de Correos, y asomándose al balcon principal arengó al Pueblo, que le oyó profundamente conmovido, frases elocuentes encaminadas á manifestarle la trascendencia de la Revolucion, recomendándole la mayor firmeza y union para consolidar la grande obra comenzada y hacer que no se malogren los frutos que la Patria espera recoger mediante el concurso y la abnegacion de todos sus hijos. Sus vivas á la Libertad, á la Soberanía nacional, al Pueblo, á la Marina y al Ejército fueron repetidos con frenéticas aclamaciones, como igualmente las palabras que desde el mismo sitio y con lágrimas de profunda emocion pronunció nuestro querido amigo Sagasta, en su nombre y en el de sus compañeros de emigracion vueltos al seno de la madre Patria, despues de una ausencia tan larga, como llena de penalidades.

Como desde la entrada del ilustre duque de la Torre en esta córte hasta la del general Prim, habian trascurrido algunos dias, el pueblo de Madrid preparó á éste un recibimiento, que la premura del tiempo no consintió estremar tanto cuando la llegada del primero. En efecto, en muchas calles se levantaron arcos de triunfo, formados de ramas de árboles y flores, donde flotaban banderas y gallardetes; y las diferentes clases de la sociedad y corporaciones se reunieron para ofrecerle el homenaje de su entusiasmo y de su cariño. El dia estaba delicioso; habíase anunciado la entrada para la una de la tarde, y desde muy temprano circulaban ya por las calles los ciudadanos armados que iban á esperarle á la estacion y una multitud ansiosa de saludar al noble campeón de nuestras libertades. Todo cuanto aquí añadiríamos á lo expresado anteriormente respecto del general Serrano, seria pálido. Madrid se habia despoblado con este motivo. El entusiasmo del Pueblo al verle, rayaba en locura. *La Nueva Iberia* ha dicho: «lo esperábamos, Prim es el Cid de Africa, el Metternich de América, el ilustre proscrito, el mártir de la tiranía, el soldado de la Libertad, que ha jurado morir ó vencer en la grandiosa empresa de nuestra incomparable Revolu-

ocurre en nuestra propia casa, que en los momentos presentes está llamando la atencion del mundo entero, por haber sabido iniciar de la manera admirable y magnánima que ella sabe hacerlo, la obra de su regeneracion política y social. La trascendencia de este movimiento de un pueblo que ahora caminará resueltamente á sus destinos, es incalculable. España ha desbaratado con una palabra las cábalas de la diplomacia europea, y la caída de la dinastía que pesaba como un azote del cielo sobre ella y sobre todos los partidos en que se hallaba dividida la gran familia española, es un aviso providencial para los poderes que no se fundan en el amor de los pueblos, y una enseñanza para los pueblos que, adormecidos por el beileño de falsas glorias, parece como que han perdido la conciencia de sus derechos y de sus fuerzas, aunque lo contrario imaginen los que sólo examinan la superficie de las cosas.

En estos dias de júbilo, no podemos hacer mas que sentir; la entrada de los principales caudillos militares de la Revolucion; la llegada de las tropas que pelearon en el puente de Alcolea contra las fuerzas del último gobierno de Isabel II; la vista de muchos de nuestros mas queridos amigos, emigrados en Francia,

ción, y el Pueblo le quiere como á un hijo, así como victorea con justicia á los demás generales libertadores.

«¡Gloria á Prim! ¡Gloria á Serrano! Gloria á la Marina, al Ejército y al Pueblo, que unidos han sabido derrocar un estado de cosas que nos infamaba y nos degradaba ante las naciones civilizadas de Europa!»
 «¡Quiera el cielo que la misma cordura, la misma nobleza, la misma generosidad, la misma concordia que han presidido hasta ahora á todos los actos de una Revolución que asombra á los demás pueblos y que, siendo tan radical, no tiene en la historia precedentes que se le asemejen, llegue á feliz término, como es de esperar, y que nuestra noble Patria ocupe el lugar que le corresponde en el congreso de las naciones libres é ilustradas!»

VENTURA RUIZ AGUILERA.

DE LA INSTRUCCION EN ESPAÑA.

Lector amigo: parecerán quizás á algunos—de esos que á pesar de decirse políticos, rara vez han salido de la corte ó de las grandes capitales—escesivamente subidas las tintas del cuadro, que muy á la ligera procuraré ofrecer ante tus ojos; pero por desgracia, quien tal juzgue se halla en error muy lamentable.

Porque la política, foco donde converjen los rayos de toda la ciencia social, debe de estudiarse mayormente que en las ciudades populosas, en las aldeas de escaso vecindario.

Y en éstas me han salido al paso tales tipos, hombres de tan mala instrucción, que en ocasiones me inspiraban la duda de si realmente eran personas ó seres de otra especie distinta.

Hará dos meses, me encontré en uno de los caminos de la Mancha con unos cuantos labriegos, los cuales se iban lamentando amargamente de la exígua cosecha que este año se ha cogido en aquella parte de la península.

—Pues no será porque no hemos sacado al Cristo en rogativa,—esclamó uno.

—Y á la Virgen,—añadió otro.

—¿Y eso qué vale?—repliqué yo.

—¿Quiere usted no decir herejías?—me interrumpieron fuera de sí, todos á coro.

—Hombres de Dios, no sean ustedes alcorcoques. Yo no pretendo contrariar el sentimiento religioso del pueblo; pero ¿acaso disgustaría á ustedes que se aprovechase la inmensa riqueza que tiene España en rios como el Tajo, el Guadiana, el Duero, el Guadalquivir, el Miño, el Ebro, el Fúcar, el Segura y otros cien, canalizándolos, utilizando sus aguas para el riego, con lo cual, aun cuando no lloviese en diez años, en ninguno se perdería la cosecha?

—Vaya, vaya, cálese usted y no diga disparates.

Otra ocasión en que me atreví á recordar á cierto hacendado de Pamplona la compra de una máquina agrícola, hubo de oír estas palabras:

—Déjeme usted de innovaciones. Mi bisabuelo llenó de grano sus cámaras sin necesidad de esa máquina, igualmente mi abuelo y mi padre, y no he de hacer yo mas que hicieron mi padre y mis abuelos.

Y otra, en que aconsejé á cierto ciudadano que se suscribiera á una obra científica, me contestó de esta manera:

—Yo me suscribiria; pero ¿á qué he de malgastar en eso los cuartos, cuando tengo la fatalidad de que apenas cojo un libro en las manos me duermo?

Ultimamente, vino á visitarme á Madrid un individuo, de esos que en provincias son conocidos con el sobrenombre de *caciques*, sordo como una tapia, por mas señas.

—¿Con que ha muerto O'Donnell?—me preguntó.

—¿Cuánto tiempo hace!

—¿Y Narvaez, dónde anda ahora?

—En el otro mundo, hace ya algunos meses.

—¡Demonio! ¡Y yo que no sabía una palabra!

—Está usted muy atrasado de noticias.

—¿Qué dice usted? ¿Albricias?

—No, hombre, no; digo que vive usted muy atrasado.

—Como que ni aun leo periódicos.

—Suscribáse usted á uno bien redactado y barato, que cuesta únicamente una peseta al mes.

—¡Una peseta! ¡Qué barbaridad!

—¿Le parece á usted caro?

—Carísimo. Aparte de que acabo de gastar cuatro mil reales, como socio que soy, para la construcción de una plaza de toros en mi pueblo, y estoy falto de fondos.

—Esa sí que ha sido barbaridad y media.

—Pues si viera usted qué funciones se dan en la tal placita! Hoy hace una semana, se dió una que hasta allá. ¡Si sería buena, que en ella murió el primer espada, y resultaron heridos dos banderilleros!

Ahora dime, lector de mi alma, si no son desconsoladoras las reflexiones que se ocurren con motivo de tales diálogos.

Pero ya me parece que te oigo advertirme que no

basta señalar el mal, si al propio tiempo no se indica igualmente el remedio.

Tal sería el que yo propusiera, que algunos le tacharian de socialista, denominación que me agradaría, como me agrada siempre que no significa utopías contrarias á las inmutables leyes de la religion, de la moral y del derecho.

O la religion es una farsa, ó no lo es. No siéndolo, segun de ello estoy convencido, sintiendo en el alma que no lo estén algunas inteligencias, por fortuna muy cortas en número, y dignas de compasion en verdad, habria de procurar que la instrucción en España se distinguiera, no por lo fanática, si por lo verdaderamente religiosa. En los Estados-Unidos, en la gran república, que sin disputa va hoy al frente de la civilización del mundo, existe una secta metodista, compuesta en su mayor parte de hombres de color, cuyo celo es tal, que en sólo un año, en el de 1860, ha construido cuatrocientas cincuenta iglesias. De modo que, siquiera por amor propio, debia desear que los católicos no fuésemos menos entusiastas que los protestantes, ni fuesen los negros mas religiosos que los blancos.

En un sólo dia mandaría demoler todas las plazas de toros, construidas ó por construir, y con sus escombros levantaría escuelas, muchas escuelas de instrucción primaria.

Desde seis á diez años, estableceria aquella obligatoria aun para los niños de padres mas necesitados, á quienes remuneraria de la pérdida del trabajo de sus hijos, sin el cual les fuera imposible la subsistencia, mediante una contribución—la mas santa y digna—impuesta á todo propietario, cuyo capital escudiera de 15,000 duros.

Seguro de que para personas honradas, el gusto al trabajo está en razón directa de la satisfacción de sus necesidades, aumentaría el sueldo á los maestros de escuela, soldados avanzados de la civilización, ilustres mártires cuya amiga constante es la paciencia, cuyo consuelo la resignación, cuyo porvenir el desprecio en vida y el olvido despues de muertos.

Todas las noches, desde 1.º de octubre á 31 de mayo, instituiria en bien de los adultos, y bajo la inspección del gobernador de la provincia, *conferencias populares*, que durarian una hora á lo menos, y serian dadas en el siguiente orden por las personas que á continuación se expresan:

LUNES.—*Religion y moral*, por el párroco.

MARTES.—*Geografía é historia de España*, por el profesor de instrucción primaria.

MIÉRCOLES.—*Higiene privada y pública*, por el facultativo en medicina.

JUEVES.—*Nociones generales de administración*, por el juez de paz.

VIERNES.—*Id. id. de física é historia natural*, por el farmacéutico.

SÁBADO.—*Id. id. de agricultura, industria y comercio*, por persona competente, que de propia voluntad se ofreciera á dicha explicación.

DOMINGO.—*Tiro de fusil* por las tardes, bajo la dirección de un licenciado del ejército.

Caso de no ser abolidas las quintas, sustituyéndolas por reenganchados voluntarios, eximiria del servicio militar al joven pobre que demostrara sobresaliente aprovechamiento en los estudios anteriores, y dispensaria al rico que se encontrara en igual caso, del pago de la mitad de la contribución, que por su redención se le exigiera.

Ultimamente, en cada población,—por insignificante que fuese,—dispondría la apertura de casinos, con suscripción á los periódicos mas importantes, y con una biblioteca, aunque reducida, que contuviera las obras de mayor utilidad que se hubiesen publicado ó publicaran.

En España, el pueblo es el menos corrompido, el único en quien debe de fundarse la esperanza de la porvenir risueño, que vendrá á no dudar, porque á la oscuridad de la tormenta, sigue la luz de un sol sin nubes ni celajes, y toda decadencia encierra en sí el germen de un renacimiento.

Dócil por instinto, el pueblo ibero podrá ser el menos instruido de Europa, pero de seguro que es el mas noble y digno del mundo, como acaba de demostrarlo en la última revolución, que de un modo tan radical ha cambiado la faz de nuestra patria; lleva además en sus venas la sangre de cien razas; reúne á la frugalidad del árabe la austeridad del visigodo, al atrevimiento del cartaginés, el patriotismo del romano; y para dar de sí una nación libre, rica, siempre próspera y floreciente, sólo ha menester de políticos como Jorge Washington.

Que las personas á quienes la suerte destine para dirigirle, le instruyan indicándole el buen camino, y pronto comenzará á recogerse el fruto deseado, como se ha recogido y se está recogiendo en Inglaterra, Bélgica y Suiza, en la joven América, en la naciente Australia.

Y si para ello es preciso evocar el recuerdo de la raza sajona, de alemanes, ingleses ó norte-americanos, evóquese; pero muy rara vez el de esa Mesalina transpirenaica, cuyo aliento corrompe cuanto toca.

Porque—créeme, lector querido,—España jamás

llegará á ser verdaderamente grande, mientras no se olvide por completo de que existe Francia en el mundo.

ABDON DE PAZ.

ESTUDIOS MORALES.

DE LA DEBILIDAD.

Desde luego debemos advertir que no vamos á tratar de la debilidad corporal, de aquella falta de vigor ó fuerza en el organismo, sino de otra enfermedad mucho mas temible y general, que se llama: debilidad de espíritu ó de ánimo.

¿En qué consiste esa clase de flaqueza moral? ¿qué resultados produce? ¿cómo se evita?

Para fijar con acierto los límites de su significación, examinemos la diferencia que existe entre la debilidad y la cobardía; como quien para marcar justamente los términos de su propiedad, mide anticipadamente la extensión de sus lindantes. Y para venir aun con mas facilidad en conocimiento de aquellas, veamos antes el sentido en que se toman sus opuestas fortaleza y valor.

El valor consiste en acometer con arrojo, con brio un peligro, en arrojar á él con intrepidez, casi con temeridad, en arrostrar un riesgo pasajero; la fortaleza, en esperar el peligro con calma, en sobrelevar con tranquilidad un infortunio, en tolerar resignadamente una serie de trabajos y aflicciones. Desde luego se ve que el valor es hijo de una fuerte pasión; es como ella impetuoso, variable, pasajero; la fortaleza que proviene de solidez en la razón, de fuerza de voluntad, es como éstas sosegada, duradera. El valiente se halla en estado pasivo, las pasiones, esos impulsos espontáneos del corazón sofocando á la razón y dominando á la voluntad, le arrastran como instintivamente hácia donde ellas tienden. La firmeza es un estado sumamente activo; cuando los sentimientos, poderosos resortes del hombre, trabajan para retraernos de aquello á que el deber nos dirige, acudimos en auxilio de la razón que, dominándolos acompañada de una fuerte voluntad, nos hace soportar las resistencias que encontramos.

Ahora bien, la cobardía es tambien un estado pasivo; las pasiones, que tanto poder ejercen sobre nosotros, nos dominan á veces en sentido contrario; el miedo, ofuscando la razón y señoreándose de la voluntad, se apodera de nosotros llevándonos hácia donde no debemos; la debilidad no proviene del ímpetu de las pasiones, es sumamente tranquila, sólo consiste en falta de solidez en la razón, en falta de firmeza de voluntad. De ahí el que la cobardía como el valor sea impetuosa y pasajera, y la debilidad como la fortaleza, apacible, estable.

De lo dicho fácilmente se deduce que, tanto el valor como la cobardía, se originan de la supeditación de la sensibilidad sobre las demás facultades; la firmeza del predominio, de la inteligencia y de la voluntad sobre las pasiones; la debilidad de poca firmeza de ideas, de falta de querer, de carácter. Y como que para ser dominados por las pasiones no son necesarios esfuerzos, y si para dominarlas á ellas, de ahí el que sean en mayor número los cobardes y los valientes que los de fortaleza de ánimo.

Mas todos los que son muy propensos al valor ó á la cobardía suponen mucho corazón, muchas pasiones, y como éstas, contrarían siempre el poderío de la inteligencia y de la voluntad, calidad indispensable para la fortaleza; de ahí tambien que comunmente los mas cobardes y los mas valientes sean los mas débiles.

No hay duda, las personas dotadas de un exceso de sensibilidad, de mucho corazón, poseen una mezcla de valor y cobardía, pero casi nunca la firmeza de espíritu. Los jóvenes, en la edad de las pasiones, cuando el fuego de los afectos y el deslumbrante resplandor de la imaginación eclipsa la suave luz de la inteligencia, muestran en general grande arrojo, valor y osadía para acometer empresas las mas arduas y azarosas, pero por poco duraderas que éstas sean, cunde rápidamente el desaliento y caen en la inacción; que cuanto mas recia es la acometida, menos tiempo se sostiene; pero este mismo joven, dentro de algunos años, con su corazón mas tranquilo y su reflexion mas segura, será tal vez menos emprendedor y temerario, pero será mas constante, mas resistente.

En las mujeres se nota un efecto semejante; como dotadas de mucha sensibilidad, son lo mas valiente y lo mas cobarde que puede imaginarse; que vea una mujer á un niño entre las llamas, y antes que nadie se arrojará para salvarle de un riesgo inminente; que peligré la patria, y una Judith ó una Juana de Arco la salvarán con su heroísmo; pero en otra ocasión la amedrenta el ruido del viento, la amilana la lóbreguez de la noche, un grito la desconcierta y atemoriza; mas buscada en la mujer firmeza de espíritu, y raramente la hallareis; la debilidad y su hermana la inconstancia es lo que en ellas se encuentra.

Los poetas y los artistas, en quienes predominan sobremanera el sentimiento y la imaginación, mues-

eran también en general suma debilidad y ligereza; los filósofos, que piensan mas que sienten, mucha fortaleza y constancia. Lucano, el gran poeta español, falto de firmeza al tener que abrirle las venas, pretende salvar su vida por indignos y deshonrosos medios; ¡cuánto se lamenta Ovidio, por no poder soportar su destierro á orillas del Ponto-Euxino! Horacio, antes de ser adulador de Augusto, habia combatido á las órdenes de Bruto; á Dante, ardiente partidario de los güelfos, la prueba del ostracismo le convierte en gibelino; Tasso, de cuya debilidad hasta se resienten los héroes de su poema, se creia siempre rodeado de enemigos, delatado á la inquisición, ocasionándole hasta la locura sus vanos temores y tristes desconfianzas. Pero ved, al contrario, á Diógenes, el filósofo, que preso por los macedonios, presentado al rey Filipo é interrogado por éste quién era; responde: «Soy el espía de tu insaciable codicia;» ved á Demócrito, que muy anciano ya y casi moribundo, advirtiendo la tristeza de su hermana por temor de que muriera antes de las fiestas de Cérés, con su fuerza de voluntad tal vez suspende á la misma muerte, y no espira hasta pasados los tres dias de las fiestas; ved á Anaxágoras, que al noticiársele la muerte de su hijo responde friamente: «Ya sabia yo que no habia engendrado á ningun mortal;» que permanece tranquilo al anunciársele su condenación á muerte, que suavizada despues esta sentencia, conmutándola con el destierro, soporta esta desgracia con entera resignación, y que viéndose un dia ya viejo, pobre y abandonado, se envuelve en su manto y toma la firme resolución de dejarse morir de hambre; ved á Chilon, hombre de tanta conformidad y fortaleza, á quien se veia siempre tan tranquilo y afable en la adversidad como en la prosperidad; ved á Orígenes, que se mutila para evitar toda sospecha y destruir toda calumnia; á Jordano Bruno, que prefiere la hoguera inquisitorial á la retractación; ved por último, á Carranza y Campanella, tan grandes en medio de sus persecuciones, terribles encierros é interminables procesos. No hay duda, la debilidad reconoce, pues, por origen un exceso de sensibilidad ó la mala dirección de nuestros sentimientos, pues es cierto que han existido, aunque en corto número, individuos de mucho corazón, hombres de valor al mismo tiempo que de fortaleza, y esto se debe á que por medio de su vigorosa inteligencia regulan cuando es oportuno sus enérgicas pasiones.

Pero la estremada delicadeza de sentimiento no solamente es germen de debilidad, sino que muchas veces lo es de perversidad y corrupción. El corazón humano puede producir todo el bien y todo el mal; el hombre sin amor no practicaria estas heróicas benéficas acciones con que se inmortaliza, pero el hombre sin odio no seria cruel. Sin afectos, tal vez no ejecutaríamos el mal; pero ¡cuán poco bien haríamos! Seríamos frios, inactivos; mas desgraciado que el que suelta las riendas á sus pasiones; nuestro corazón, sin el eficaz auxilio de la inteligencia, de la razón, por la perversidad de nuestra naturaleza, mas fácilmente se inclina al vicio que á la virtud, y si ejecuta un acto bueno, cometerá á su lado cien maldades; de aquí, pues, resulta que las personas muy sensibles son muy propensas á la corrupción, y que generalmente son los débiles los mas crueles, no obstante encontrar mezcladas acciones de mucha generosidad.

La historia confirma con repetidos ejemplos esta asercion: la crueldad en los débiles, la benignidad y dulzura en los fuertes.

Las mujeres que rayan en el extremo del amor ó del odio, han brillado siempre por sus benéficas acciones, pero ellas son también las que han perpetrado los mas grandes crímenes. El débil y sensible Dante era, por otra parte, muy despiadado; dice Boccaccio en su biografía, que despues de su destierro concibió tanta cólera contra la faccion de sus abuelos, que toda mujer del pueblo, todo niño á quien hubiera oido discurrir sobre los negocios de partido y pronunciarse contra la opinion gibelina, le hubiera enfurecido hasta el punto de apedrearlos, si no se hubieran calado; y el mismo Dante, hablando de cierta proposición filosófica, dice: «Con el cuchillo es como conviene contestar á quien habla así, y no con argumentos;» en todo su poema se reflejan el intolerante patricio, su cólera y carácter vengativo. Ariosto, en su *Orlando*, apolojiza las matanzas y derramamiento de sangre; todos sus cantos respiran crueldad y venganza. El dulce Milton ó el irascible poeta, como le llama Chateaubriand, por atacar los presbiterianos su escrito sobre el divorcio, se apartó de su secta y se hizo terrible enemigo suyo; en «su Defensa del pueblo inglés,» insulta al rey ya muerto, con ferocidad y bajeza. El tierno y generoso Tasso, que tan pronto se irritaba como se calmaba, que atendia al auxilio de sus mas crueles enemigos si les veia en desgracia, por otra parte atropella en sus furiosos, hasta á sus mas sinceros amigos, intenta matar de una puñalada á un inocente criado de la duquesa de Urbino, y se desata en injurias contra la casa de éste y su corte. El célebre músico florentino Lulli, segun confesion suya, hubiera asesinado instantáneamente á quien hubiera dicho en su presencia que su música carecia de mérito. El débil

y en ciertos casos bondadoso Ciceron, mas poeta que filósofo, sensible como Rousseau, que descontenta á los dos partidos por su pusilanimidad, era sumamente cruel; él fue quien pidió la muerte de los cómplices de Catilina; él quien la mandó ejecutar á todos los sospechosos de este partido, y la presencié con abominable insensibilidad; él quien aconsejaba también descargar el golpe sobre Antonio y César.

Pero ¿tienen nada de crueldad los que han sobresalido por su fortaleza de ánimo como Pitágoras, que sólo sacrificaba panes y tortillas, porque creia que los dioses tenian horror á los cruentos holocaustos; como Thales, notable por su dulzura, que hasta decia: «que los que nos martirizan son mas desgraciados que los martirizados;» como Solon, que brilla por su benignidad; como Bias el Magnánimo, que muere en el mismo senado defendiendo con celo á un amigo; como Chilon, cuya moderación es admirable; como Cleobulo, que en su gobierno de Lindo debiera mas bien llamarse padre que gobernante, que ya en aquellos tiempos concibe la santa máxima de: «haced bien á vuestros amigos y enemigos;» como Platon, á quien nunca se vió encolerizado, y que por hallarse un dia algo indignado contra uno de sus esclavos, le manda castigar por otro, diciendo que él no se hallaba en estado de hacerlo; como Galileo, tan dulce con sus mismos perseguidores, y como tantos otros filósofos de la antigüedad que tanto brillan por su benignidad como por su entereza?

De esto se desprende claramente, que es mucho mas temible la soltura del corazón que la de la inteligencia, que nuestra perversión proviene mas del extravío de las pasiones que del extravío de la razón, y que con mas facilidad malean las pasiones á la inteligencia, que ésta al corazón; basta advertir, que casi todos estos filósofos son modelos de buenas costumbres, aun aspirando la corrompida atmósfera del paganismo; y que la mayor parte de los citados débiles, son iracundos, y en ciertas ocasiones inhumanos, no obstante profesar el cristianismo, y no obstante el influjo de las benignas ideas de esa religion divina.

Pero donde mejor puede apreciarse aquel hecho, donde se presenta con mas viveza, es en tiempo del imperio romano. Todos los Césares que mas se envilecieron con sus inauditas atrocidades, y ejecutaron con mas fiereza sus bárbaros caprichos, son los que en otros momentos muestran mas endeble espíritu, mas estenuación moral; los que sobresalen por su fortaleza, son los mas suaves, los mas benignos. César brilla tanto por su valor como por su fortaleza; zozobra en deshecha tormenta su esquisé y con su serenidad y decision tranquiliza y alienta al mismo piloto; tiene indicios de la conjuración tramada contra él, y asiste al senado imperturbable y tranquilo; pero César es magnánimo y clemente. Octavio, que se presenta en el senado con coraza debajo de la toga; que se sepulta en la profundidad de un subterráneo envuelto en una piel de becerro marino cuando retumba el trueno; que se entristece y tiembla si se calza el pie izquierdo antes que el derecho; ese Augusto, tan sangriento como cobarde, supersticioso y débil, fuerza á un hijo á clavar el puñal en el seno de su mismo padre, arranca con sus propias manos los ojos á O. Gelio, aterroriza á Roma durante el triunvirato con espantosas listas de proscripción, y si emperador se manifiesta algo mas clemente y moderado, sólo fue debido á los buenos consejos de Mecenas. Helio, que ahora salva su vida con lágrimas, ahora escondiéndose en las letrinas; Calígula, Comodo, Caracalla, Neron, tan despreciables todos por su cortejidad de ánimo y debilidad, son los que mas empedernidos de corazón abrevan en sangre la tierra entera, salpicando con ella las mismas gradas de su trono.

Tamaño inhumanidad no la hallamos ciertamente en Nerva; pero presenta desnudo su pecho á los pretorianos que asaltan su palacio clamando por los asesinos de Domiciano; ni en Trajano, que prefiere la impunidad de cien culpables á la condena de un inocente; pero inspirándole recelos de que Sura, su confidente, quiere antentar contra su vida, se presenta á cenar en su casa, y se hace curar los ojos por su mismo médico; en Antonino, que decia que la riqueza de un príncipe consiste en la felicidad pública, pero soporta hasta las mismas injurias, recibe en Roma con honoríficas distinciones á Palemon, que le echó un dia á media noche de su casa; en Marco Aurelio y Alejandro, á quienes ensalza tanto la historia por su vigor de ánimo, como por su suavidad y dulzura.

La historia moderna proporciona también grandes ejemplos que vienen en apoyo de esta importante verdad. Napoleon, ese poeta en acción, ese capitán de ardiente fantasía, el héroe de las Pirámides, acredita en Marengo y Austerlitz extraordinario valor, inmenso arrojo; pero ¡cuánta debilidad manifiesta en su pasaje á la isla de Elba, disfrazado, llorando vestido de correo, en continuo sobresalto, mostrando la escarpela blanca y dando aclamaciones al rey! ¡Cuán poca fortaleza muestra cuando, desesperado en Santa Elena, quiere asfixiarse con los carbónicos gases de un brasero! pero ese débil; cuanta dureza y tiranía manifiesta cuando se enfurece contra todo lo que no se

somete, cuando, según un autor, una mosca volando sin orden suya parece á sus ojos un insecto rebelado; ¡cuán bárbaro y cruel se nos presenta en los asesinatos de Tolon y de Jaffa y en los probables envenenamientos de San Juan de Acre! Napoleon, en dicho bien Chateaubriand, era todas las miserias y todas las grandezas.

Pero ya lo hemos indicado, los mas valientes son á veces los mas sensibles, son los que están mas cerca de la crueldad.

(Se concluirá.)

ANTONIO JOSÉ TORRELLA.

NOVELAS Y CUADROS DE COSTUMBRES.

AVENTURAS DE UNA SILLA,

CONTADAS POR ELLA MISMA.

(CONTINUACION.)

I.

Pocas noticias importantes ó auténticas puedo dar con respecto á mi origen, y los primeros periodos de mi vida, sin embargo de que he creído siempre que descendiendo de uno de los nobles mas esclarecidos de nuestro pais. Vi la luz en un bosque perteneciente á un título muy ilustre y antiguo, de donde puedo por lo tanto inferir, y no sin fundamento, que si se traza por mi cuna mi genealogía, se verá que soy oriunda de algun árbol de los bosques realengos que pertenecian á la corona hace algunos siglos, y fueron cedidos despues á los grandes señores de la corte.

No me plantaron al lado del camino, porque no me abrasase el polvo, ni se arrancó mi follaje para adornar y dar sombra en los carros de los labriegos cuando iban en romería á las aldeas inmediatas, ni cuando la venida de la primavera me animaba á cubrirme con mi vestido de verdura, se tomaban mis ramas para adornar las puertas del pueblo vecino; no, yo escapé á todas estas violaciones. Oí hablar de ellas, las ví de lejos, pero no las padecí. De seguro, durante mi larga vida en el campo al aire libre, no me degradé dando la mas pequeña parte de mí para ningun uso útil, ni contribuyendo á los placeres de los hombres. Ningun mendigo descansó á mi sombra, ningun muchacho sucio ni andrajoso saltó con alegría para coger el fruto de mis ramas. He sido un roble verdaderamente aristocrático, y he comenzado mi vida en un espacioso y hermoso bosque, donde tuve el privilegio de continuarla durante todos mis dias. Una vez, en verdad, estuve espuesto á un no pequeño peligro. Era entonces un renuevo que apenas levantaba tres ó cuatro pies del suelo; vino un jovencillo saltando al lado del guarda á cuyo cuidado estábamos; comprendí por su mirada que era uno de los hijos, quizá el heredero del noble señor en cuyos dominios estábamos. El guarda le trataba con el mayor respeto, mientras él se uia sin restriccion los instintos de su voluntad caprichosa. El terreno en que me hallaba yo, estaba situado al extremo de la plantación, y las zarzas, espinos y malas yerbas de todas clases que crecian en abundancia á mi alrededor, hicieron concebir al señorito la idea de que yo no tenia mas valor que un retoño cualquiera. Con esta opinion, me cogió por cerca de la raíz, é intentó arrancarme. ¡Oh! ¡qué terrible momento fue aquel para mí! Por fortuna, su fuerza era inferior á su empresa. Dió un tiron, sentí romperse todas mis pequeñas raíces, parecia que arrancaban cada una de mis fibras separadamente. Otro tiron mas y hubiera sido desarraigado. Pero esto no se verificó, pues se habia desollado las manos con mi áspera corteza, y exclamó soltándose: «Benito, córtame ese renuevo para un baston.» Pero Benito sabia muy bien que quitando las malas yerbas que me rodeaban é impedían mi crecimiento, llegaria á ser un hermoso árbol y ocuparia dignamente mi lugar en el bosque. Lo esplicó así á su señorito, y le disuadió fácilmente de su empresa. ¡Ah! entonces estuve en inminente peligro, y muchos meses despues mis marchitas hojas y decaidos vástagos, manifestaban la violencia con que se me habia tratado. Pasado este acontecimiento, único en mi historia, medré bien pronto, pues quitaron los matorrales que me rodeaban, y para mayor seguridad me cercaron con una empalizada.

Mi vida futura durante casi un siglo, fue bastante monótona. El verano y el invierno, el calor y el frio, me visitaban con el mayor orden, hallándome siempre preparado á encontrarlos. Cuando la primavera y el verano venian á ofrecerme su benigno saludo, los recibia alegremente y me vestia con mi traje mas verde y brillante. La lluvia me refrescaba, las ligeras brisas jugueteaban lascivamente por mis ramas y todas mis hojas se entregaban en alas del amable céfiro. Todo un coro de los alados cantores de la naturaleza, habitaba en mi follaje y trinaba en él con armoniosa música. Cuando pasaba el traidor otoño y me sorprendia el triste invierno, ya estaba preparado para recibirle. Me quitaba mi traje de verano y des-

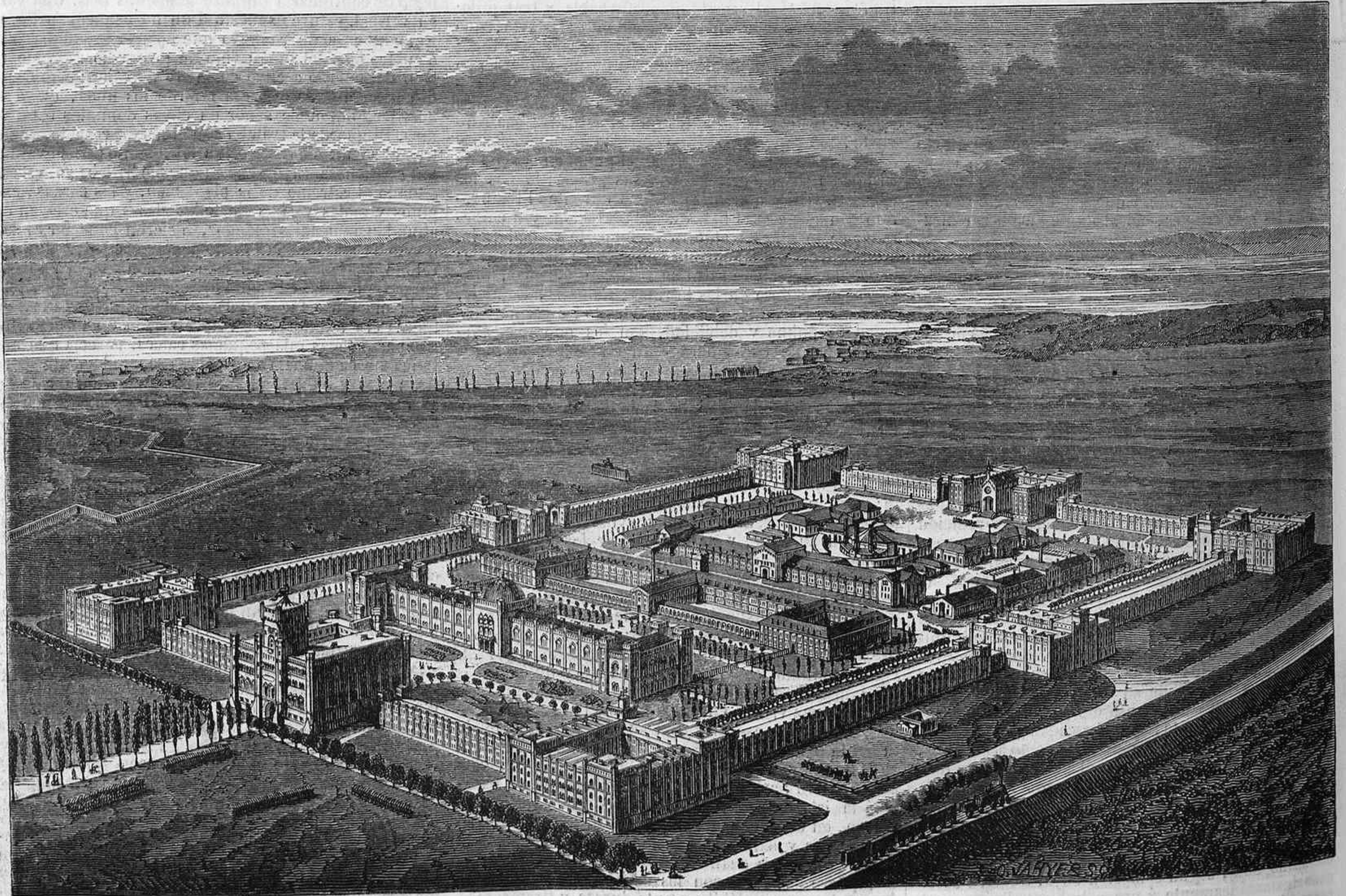
nudaba mis brazos esperando el combate. En vano los fieros vientos silbaban á mi alrededor; en vano los huracanes me abrazaban con violencia; en vano las lluvias caían furiosas sobre mí, y quería arrastrarme el torrente de sus avenidas. Mis ramas se agitaban de un lado á otro, cruzaban con roncós sonidos, mientras el viento, al luchar conmigo, gemía y llenaba el espacio con sus tristes quejidos. Pero cuando entraba en batalla con el Bóreas, suspiraba temblando y desmayado, en tanto que él aullaba deshaciéndose entre mis ramas, y huía rugiendo al abrigo de los bosques. Continuaba así creciendo y haciéndome mas alto cada día. Y cuando el sol brillaba en todo su esplendor y quemaba la yerba que crecía en torno mio, y se abrían las flores por la mañana implorando compasión, y el sol lanzaba, despreciándolas, sus rayos mas dorados y ardorosos hasta que una tras otra se marchitaban y dejaban caer sus cabezas esperando el rocío de la tarde, yo me regocijaba con su poder; y cuando al fin habia andado la mitad de su carrera al través del cielo, estendía mi fresca sombra sobre algunas de las flores que me miraban sonriendo y dándome gracias. Cada día estendía mi sombra mas y mas, y daba fresco á una parte mayor de la tierra. ¡Oh qué tiempo aquel tan hermoso para mí! Me habían colocado cerca de la calle principal por donde se iba al palacio, y al través de los claros que dejaban los árboles, podia ver las antiguas torres y edificios. ¡Cuántos cambios presencié! Todavía era un árbol joven y pequeño, cuando el heredero de aquellos vastos estados enterró á su padre. Poco habia cambiado aun, cuando condujo á su amada esposa á su antiguo castillo. Le veia todos los dias conforme el gran pintor, el tiempo, cubria de nuevas tintas sus



LATORRE.

mejillas y sus cabellos. Observé como pasó de la juventud a la madura virilidad. Por último, se presentó el anciano señor rodeado de una multitud de nietos, y poco despues pasó otro entierro, marchando lentamente á la iglesia de la aldea vecina. Muchas alegres cabalgatas atravesaron por delante de mí, muchas comitivas pasaron tambien tristes y silenciosas por mi presencia. Una generacion sucedió á otra, y todavía me hallaba yo en la primavera, y movía las ramas con toda la libertad y la fuerza de la juventud. Tenia cerca de un siglo, y habia visto árboles viejos, que se levantaron en algun tiempo llenos de orgullo por encima de mí, caidos en el suelo. Habia visto tiernos renuevos hacerse hermosos árboles, y pensaba que mientras todo cambiaba alrededor mio, mientras una raza de hombres seguia á otra, mientras una generacion despues de otra de alados pajarillos, trinaba por algun tiempo y que daban despues en el silencio, sólo yo debia continuar existiendo.

Pero me llegó mi hora. Ignoro cuánto tiempo hubiera seguido siendo el adorno del bosque, si mis dueños no hubiesen dejado de ser lo que eran. Fue un consuelo para mí cuando oí al leñador y al contratista de maderas que me entregaban al hacha, saber que caía con la noble familia de que habia dependido durante toda mi vida. Sus estados se habian disminuido gradualmente, y el último de sus poseedores se hallaba cerca de la tumba. Habia enterrado á sus hijos, y su raza estaba próxima á desaparecer. El anciano, antes de morir, queria deshacerse de todas sus propiedades. Fui designado como uno de los árboles destinados á cortarse, y me alegré. Era mejor caer con la casa arruinada, y descender con gloria y orgullo, que continuar allí



EL GRAN ARSENAL DE VIENA.

hasta que la putrefaccion royese mi corazon, y mis ramas deshojadas fueran arrancadas una por una por la tempestad, y desapareciera lentamente hasta convertirme en polvillo. Pronto se consumió mi muerte; me quitaron las ramas, y quedé allí convertido en un tronco largo y grueso. El mayordomo habia recibido mi valor, y poco despues me colocaron en un carro, me ataron y fui conducido al patio del comprador.

(Se continuará.)

A. DEL Y. POR J. S. BIEDMA.

EL GRAN ARSENAL DE VIENA.

Cuando tanto se ha hablado y aun se habla de la inminencia de una guerra entre varias potencias de Europa, guerra en que el Austria habria de verse necesariamente envuelta, parécenos oportunos los siguientes apuntes sobre uno de los establecimientos militares mas importantes.

Hasta el año de 1848 el arsenal imperial estuvo en el interior de la ciudad de Viena. Durante la revolucion de dicho año, este vasto depósito de armas, defendido por un débil destacamento de tropas, fue atacado por los insurgentes, que tenían á su disposicion muchas piezas de artillería. El principal ataque fue dirigido contra la puerta del arsenal que se abre en la estrecha y larga calle llamada *Hohe-Brücke*. Las piezas del interior, bien servidas por los artilleros del arsenal, causaron grandes pérdidas á los insurrectos; sin embargo, el puesto no podia conservarse, y la tropa se vió obligada á evacuarlo á la noche siguiente, abandonando las armas que contenia.



ECHAGÜE.



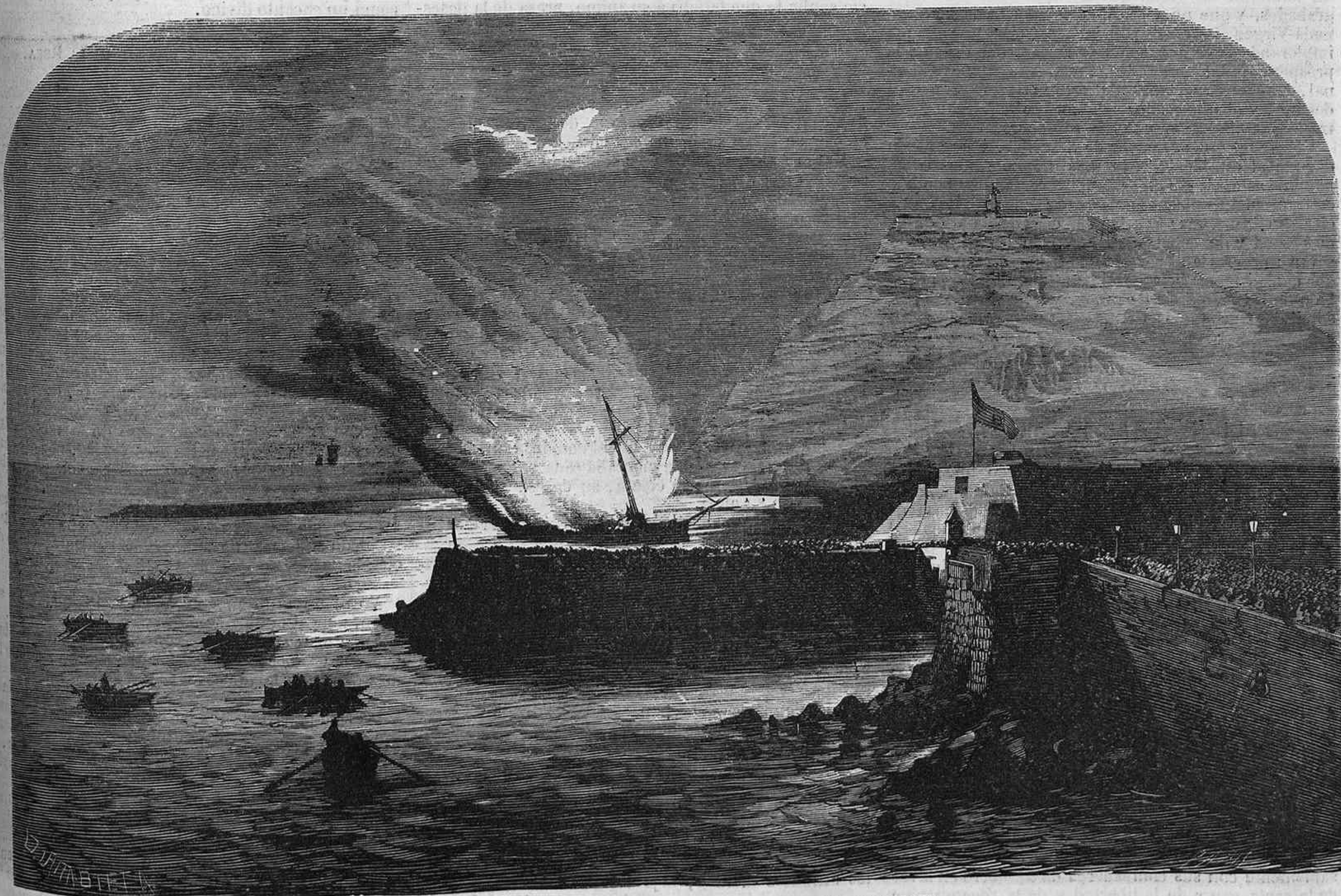
Luego que el Austria hubo vencido todas las insurrecciones, se pensó en construir para la capital un nuevo arsenal menos espuesto que el antiguo y de proporciones grandiosas. Eligióse al efecto un punto elevado que domina la ciudad, cerca del antiguo palacio del príncipe Eugenio de Savoya, adonde conducen muchos caminos de hierro.

La direccion de este colosal edificio fue confiada al jefe de la artillería, el feldzeugmeister, baron Agustín. El arquitecto Van der Niell suministró los planes; otros cuatro arquitectos distinguidos, Sikkartsburg, Koesner, Foerster y Hansen, fueron encargados de construcciones importantes que requerian especialidades diferentes.

Los trabajos, principiados en 1830 terminaron en 1857, quedando únicamente por hacer la ornamentacion interior del museo de armas.

El nuevo arsenal, del que acompaña un grabado al presente número, forma un gran paralelógramo apoyado en cuatro cuarteles de cuatro pisos situados en los ángulos; otros dos cuarteles iguales, situados en medio de los dos lados mas largos, defienden el Norte y el Sur. Estos cuarteles son una serie de fortalezas unidas por obras bien entendidas, cuya parte interior está destinada para almacen. Cada una de ellas contiene alojamientos cómodos para 1,000 soldados; en tiempo de guerra, todos los edificios de este arsenal podrian contener 40,000 hombres.

El imponente edificio que se eleva sobre la gran puerta de la entrada principal, al Poniente, sirve de habitacion al comandante del arsenal y á muchos oficiales superiores. En un nicho, colocado encima de la puerta, hay una estatua en pie representando el Austria con los em-



INCENDIO DEL PONTÓN-PRISION DE LAS ATARAZANAS, EN BARCELONA.

blemas de las ciencias y de las artes que tienen relación con el arte militar.

Una vez en el interior del gran recinto, se ve en frente un vasto edificio que es el principal ornamento del arsenal; este edificio es el Museo de armas, verdadero modelo de arquitectura morisca, que es el estilo dominante en todo el establecimiento. Las columnas, las estatuas, y otros adornos, fueron confiados al talento de M. Schoenthr; los frescos de la cúpula al pincel de M. Blas; esta cúpula tiene 72 pies de elevación. La sala principal, está adornada de trofeos de armas de los diferentes pueblos y de todas las épocas.

El edificio situado detrás del Museo fue construido por el arquitecto Foerster; es la fábrica de armas, la cual funciona hace muchos años, y de ella salen armas de todo género, empleándose al efecto, las máquinas más poderosas y más modernas. En dicha fábrica pueden fundirse 200,000 balas por día.

El museo y la fábrica de armas, aunque muy estensos, no ocupan más que la mitad del inmenso espacio que forma el centro de la esplanada. En los edificios que llenan la otra mitad se confecciona el resto de lo necesario del equipo del soldado, así de infantería como de caballería. La última parte está reservada para la fundición y otras operaciones de la fabricación de piezas de artillería.

La parte media de la fachada del fondo está ocupada por dos hospitales; en el centro, hay una elegante capilla de estilo romano. Todo esto es obra del arquitecto Roesner. El interior de la capilla se halla adornado de banderas y trofeos. Pero lo más notable es la estatua de la Virgen, colocada en el altar. Esta estatua es de madera y tiene unos dos pies de alta. La Virgen lleva en sus brazos al niño Jesús.

Ya hemos dicho que el principal ataque contra el antiguo arsenal se dió el año 1848 desde una calle angosta, en el fondo de la cual estaba una de las puertas del establecimiento. Encima de la puerta se veía esta misma estatua de la Virgen en un nicho, protegida únicamente por un cristal; dicha efígie estaba allí hacia doscientos sesenta años, desde el tiempo del emperador Rodolfo II. Los cañones de los insurrectos, dirigidos contra esta puerta, debían necesariamente funcionar contra un espacio que apenas tiene seis toesas cuadradas. Todo este espacio fue acibillado por las balas, pero la estatua, lo mismo que el cristal, permaneció intacta.

Este hecho maravilló de tal modo á los habitantes de Viena, que representaron de todas maneras á la Virgen con las señales de las balas, tal y como se han visto mucho tiempo despues del sitio del arsenal, en las paredes del muro en que estaba el nicho. No hay un habitante de Viena que no haya visto cuadros y grabados, y que no posea una imagen de la mencionada Virgen. Detrás de esta imagen, se lee una oración implorando la conservación de la paz, del orden y la prosperidad del emperador. Terminado el nuevo arsenal, las construcciones del antiguo recibieron otro destino, y el emperador mandó que la Virgen fuese trasladada al altar en que hoy se venera.

El arsenal que acabamos de describir, y que es sin disputa el establecimiento más grande y más completo de este género que existe, ha costado 20.000.000 de francos. Las plazas que separan los diversos edificios son inmensas; muchas de ellas están cubiertas de césped y de árboles. El estilo de los edificios es severo; creeriase al recorrerlos hallarse en una antigua ciudad morisca, á no oírse en todas partes el silbido de las máquinas de vapor, y á no verse los más admirables productos de todas las artes modernas.

M.

EL GENERAL LATORRE.

El general don Carlos Latorre ha sido uno de los principales caudillos militares de nuestra gloriosa revolución. Consagrado toda su vida á la defensa de los principios que constituyen el credo político del partido progresista, vuelve hoy al seno de la patria despues de una existencia azarosa, pasada durante los últimos tres años entre las persecuciones de los agentes de la tiranía, y sufriendo en la emigración toda clase de penalidades. EL MUSEO le consagra hoy un débil tributo de respeto y cariño, publicando su retrato.

EL GENERAL ECHAGÜE.

En el lugar correspondiente de EL MUSEO de hoy, damos el retrato del general don Rafael Echagüe, uno de los distinguidos militares desterrados en los últimos momentos del último gobierno reaccionario. Desde las islas Baleares, donde se hallaba, trabajó incansablemente con sus compañeros de destierro en favor de la santa causa de la libertad y de la regeneración de la patria.

INCENDIO DEL PONTON-PRISION DE LAS ATARAZANAS EN BARCELONA.

Uno de los grabados adjuntos representa el incendio del ponton-prision, situado al pie de las Atarazanas en Barcelona, y en el que tantas víctimas han gemido durante el largo reinado del despotismo á que ha dado fin la revolución. A poco de pronunciarse la populosa capital, la multitud contemplaba con júbilo desde la muralla la desaparición de aquella especie de tumba, que recordaba los bárbaros instrumentos inquisitoriales. El incendio principió poco antes de oscurecer; el espectáculo era imponente; el mar reflejaba las rojas llamaradas que salían del tristemente célebre ponton, como de un volcan, y que parecían teñir de sangre las olas.

¿Qué queda ya de la siniestra embarcación donde la tiranía amontonaba sus víctimas? Ni las cenizas siquiera; en cambio, la libertad es inmortal.

S.

LA AGONIA DE CLEOPATRA.

POR LA NOCHE.

LA ORGIA REAL.

IV.

En medio, pues, del general estrépito, cuando rayaba éste ya en el grado supremo del delirio, y los espíritus vagaban perdidos y fatigados, el clamor vibrante de un clarín guerrero dejóse oír como la trompeta del ángel en el día del juicio.

Y al oír aquella nota aguda y misteriosa, cesó instantáneamente el bullicio, y los convidados todos, obedeciendo á un vago presentimiento, experimentaron una sensación penosísima é inexplicable.

El silencio reemplazó al escándalo, pero un silencio funeral y estúpido: hasta la respiración parecía haber cesado, y el latido de los corazones de la tumultuosa muchedumbre vencida en su alborozo.

Canidio, uno de los prefectos de Antonio, en traje de batalla, y apoyado en su luciente lanza crotense, enrojecida todavía con la sangre de *Actium*, como testimonio de su valor y arrojo, se presentó de improviso seguido de una decuria armada.

Apenas podía respirar: tan fatigado estaba. Su mirada altiva, centelleante como el rayo, parecía suplir lo que faltaba á su ánimo, presa de la desesperación más cruel: arrojando destellos de indignación y de ira, y rendido por el cansancio, hubo de apoyarse, encendido de cólera el rostro, sobre el plinto de la columna del átrio interior.

La estatura gentil del guerrero, se destacaba imponente al través de aquel océano de luz, que parecía formar en torno suyo una aureola.

Marco Antonio mismo, participando de la general sorpresa, perdió el color, y en su semblante se reflejó la inquietud de su espíritu.

Hizo una señal imperiosa y significativa, y el guerrero avanzó presuroso con su séquito por en medio del gentío que, impresionado á su vez, abría respetuosamente el paso.

La muchedumbre que habia asistido á la orgía real, permanecía muda, petrificada, y observaba sin cesar al prefecto militar con una especie de admiración profunda. La luz de las lámparas de alabastro y cornalina, resbalaba en el bruñido bronce de las armaduras, en el terso acero de los cascos y lanzas, y sobre los diamantes de las cortesanas, produciendo un juego óptico de indefinible encanto.

Y era de ver, en verdad, aquel conjunto magnífico. La impaciencia misma marcaba cada vez más en las facciones de Antonio su cólera, su desesperación y la angustia de su alma.

—¿Qué es lo que sucede? exclamó sin poder contener su enojo.

—Una gran catástrofe, respondió el guerrero; las galeras de Octavio anclan á estas horas no lejos del puerto, en la ensenada misma; las legiones romanas invaden el Hipódromo y las águilas del Capitolio ciernen ya su vuelo sobre los muros de Alejandría. Los *tabulariums* (1) han sido sorprendidos y castigados cruelmente como si fuesen espías del campo enemigo, y nuestras tropas acantonadas, y sin los medios de comunicación necesarios, permanecen quizá á estas horas aislados, comprometidos, y corriendo un gravísimo riesgo por la imprevisión y torpeza de sus jefes,

V.

Al oír esta nueva tan inesperada como grave, estremeciéndose el tribuno con una violenta sacudida nerviosa: su hermoso semblante tomó un aspecto de cruel fiereza, y despojándose en un movimiento de cólera de los atributos divinos, dejó ver sus hercúleas y bien

(1) Correos.

modeladas formas cubiertas interiormente por la acera cota marcial.

—¡A las armas! grita luego, en un arrebatado de entusiasmo y de ira; ¡a las armas! y mostremos al denodado esfuerzo de un pueblo que tiene en algo su dignidad é independencia y quiere ser libre! que los tiranos son cobardes y sólo pueden encadenar al carro de su codicia, brazos inertes ó infectos cadáveres.

El eco de aquel formidable acento resonó como el huracán, y el innumerable gentío consternado y rujiente, empezó á abandonar el vasto ámbito de aquel Olimpo ilusorio.

El grito de «¡a las armas!» resonaba incesante entre la multitud entusiasta que se precipitaba sin orden por aquellos vestíbulos y galerías.

—¡A las armas, sí, á las armas! gritaban todos á porfía, es preciso vengar el ultraje que nos infiere ese César cruel y ambicioso!

Y el clamoreo, cada vez más confuso, tomaba por fin un carácter sedicioso, y la multitud esplotada por aquella borrascosa alarma, agitaba amenazadora y terrible.

—¡Alejandrinos! ¡incendiamos la armada de Octavio!

Ante aquel poderoso acento que dominaba al tumulto, la multitud electrizada no pudo contenerse.

—¡Sí, exclamaron á la vez todos, incendiamos las galeras de Octavio!

El pueblo, delirante y ébrio, bramaba, rugía, aplaudiendo y repitiendo en coro la amenaza, como haciéndose eco de aquella fanfarronada pueril proferida por la voz de Marco Antonio.

—¡A las galeras romanas! gritaban con desesperado coraje, marchemos contra ellas, aunque sea á nado!

Y entre tanto, el acento del tribuno tronaba irritado á su vez, concitando al pueblo con los recursos de su arrebatadora elocuencia.

Subido sobre el pretil de la Curia Sibilina, que se apoyaba en uno de los resaltes labrados del átrio, su varonil figura parecía columpiarse como la estatua de Marte simbolizada en la más hermosa humanidad viril de Egipto: sus galas oratorias, oportunamente aplicadas, realizaban todavía más y más las adecuadas formas de su discurso enérgico, lleno de magia y esplendores.

El pueblo respondía con el clamoreo de una ovación continua á las palabras de Marco Antonio, cuyo acento dominaba la estrepitosa algazara del concurso: sus frases habian sido hasta entonces progresivamente agresivas, y la entonación del héroe adquiría rasgos de un valor desesperado que se propagaba al auditorio como un encanto divino.

(Se continuará.)

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

¡UNA LAGRIMA!

(CONCLUSION.)

Recostada en un almohadon, con la cabeza hácia atrás, con los brazos tendidos, y sosteniendo un ramo de camelias con la siniestra mano, y los gemelos en la derecha, allí estaba ella, que al aparecer en el palco, produjo en el teatro el efecto de una luz eléctrica que se hubiese colocado allí para deslumbrar á los espectadores. La iluminaba un mechero de gas, pero en realidad era ella la que iluminaba al teatro.

Un brillante inmenso, arrancado primero de las minas del Brasil, y despues de una imperial corona, por el poder incontrastable de los millones, ese brillante repito, suspendido al cuello de mi desconocida por un finísimo collar, habia sido causa de la momentánea distracción del público. Bien es verdad, por otra parte, que en el cielo de aquella belleza, sólo podían brillar luceros de semejante valía.

Por fin, reparó en mí, y sonriendo lo más venenosamente que puede sonreír una mujer hermosa, llevó su dedo índice al deslumbrador brillante, como diciéndome:

—¡Hé aquí la lágrima!

Yo dí un grito cuando ya caía el telon, y sin ser telon, me caí también, pero me caí... desmayado.

Supe despues por el *square*, que la mujer del brillante me habia prodigado en el primer momento los más cariñosos auxilios.

Supe también que aquella mujer era española y habia sido bailarina, y supe por fin, que aquel hombre que la acompañaba era un boyardo ruso que tenia doscientos mil siervos antes de la emancipación, y que despues de ello, se continuaba llamando todavía, y se llamaría mientras viviese:

El príncipe ¡Barbaroff!

* *

Pasaron años desde la escena del teatro de Covent-Garden que os acabo de referir, pero el recuerdo de fuego de aquella mujer de hielo, que al llevar su dedo índice al sin igual brillante, habia escrito en mi co-

razon el terrible *lasciati ogni speranza* del Dante... ese recuerdo, á pesar de todo, no habia podido desaparecer de mi memoria, donde se hallaba escrito en caracteres indelebiles.

Aquella mujer formaba época en la historia de mi vida. ¿Acaso ella y las lágrimas del príncipe ruso, no formaban tambien, sin saberlo, el mas acabado emblema de la generacion actual?

Preocupado siempre con su singular recuerdo, sa- lía yo impresionado del Hospital de esta córte, de con- sular á un amigo mio, poeta y enfermo (si es que el enfermo poeta no constituye ya de por sí una enferme- dad), cuando al pasar frente á una de las salas de mujeres, el cuadro conmovedor que ofrecian á mi vista dos hermanas de la Caridad y un venerable sa- cerdote, junto al lecho de una moribunda, detuve mis pasos, acelerando los latidos de mi corazon.

La enferma, en las convulsiones de la agonía, se volvia de espaldas al augusto representante de Dios, y con sus crispadas manos rechazaba con fuerza el bendito crucifijo que aquel le presentaba, el único que podia llevar consolacion á su alma en tan terrible trance. Las hermanas de la Caridad lloraban... el sa- cerdote se esforzaba en vano... ¡aquella mujer iba á morir impenitente!

En uno de sus inesperados movimientos, la enfer- ma volvió la cabeza hácia los que rodeaban su lecho. Y la enferma era ella, la que me habia vuelto loco pa- sedándose en el Prado, la que habia destrozado mi alma al esplanarme con el índice toda una teoría en el tea- tro de Covent-Garden! Ella, en su lecho de muerte, sublime y magestuosa aun, cuando ya iba á morir, como el astro del dia cuando lanza al mundo su pos- ter destello!...

Al verme, un ¡ay! terrible, ahogado, como el primer ruido de una mole que se desploma, se escapó de su pecho. Sus negros ojos se dilataron, su boca se abrió, sus manos se crisparon..., en aquel momento pasó por su imaginacion como un rastro de fuego la corrupcion de su vida, la infamia del boyardo ruso que la habia abandonado, el valor de sus lágrimas que no valian mas que dinero... y quizás, quizás, los acentos sinceros de mi pasion, perdidos años atrás en las alamedas del Prado.

Su boca quiso pronunciar un nombre, me miró, buscaron sus manos el crucifijo, sus ojos secos y vi- driosos hasta entonces se dilataron con un inefable intenso sentimiento..., y ¡una lágrima! la primera tal vez, se deslizó por el árido camino de sus mejil- llas abrasadas por la calentura.

Aun tuvo fuerzas para besar el crucifijo, y como si hubiese guardado la vida hasta poder dar aquel beso, cayó en seguida inerte y desplomada en brazos de las hermanas de la Caridad.

—¡El arrepentimiento la ha salvado! exclamó lleno de júbilo el sacerdote.

¡Una lágrima pensé yo, una lágrima de brillante, fría y dura como el placer y como el egoismo, la habia perdido! ¡y otra lágrima, amarga como el arre- pentimiento, la habia salvado!

¡Feliz el que en el mar de los placeres, puede aun guardar una lágrima pura que ofrecer á Dios, para salvar con ella, como la heroína de este artículo, toda una vida de prevaricaciones!!

RICARDO MOLY DE BAÑOS.

ALBUM POETICO.

EPIGRAMAS.

Sin ganar de enero á enero ni un céntimo, don Crispin el médico, vino al fin á hacerse sepulturero. Yo no sé si por manía ese oficio fué á tomar, ó sólo por demostrar la vocacion que tenia.

De un puñetazo, no flojo, en una riña, al Pelado le hicieron saltar un ojo. Al verse asi maltratado, exclamó con desconsuelo: —¡He perdido el ojo!!

—No, dijole un chusco, en el suelo lo acabo de encontrar yo.

En disputa acalorada Juan recibió un bofetón: demandó satisfaccion y diéronle una estocada. Asi el pobre Juan quedó sin vida, pero con honra; porque el bofetón deshonoró... pero la estocada... no!

«Una bala al cabo Alberto, (escribe el sargento Mata) llevó un ojo... mas no ha muerto;» y luego añade en posdata: «Se dice que queda tuerto.»

Don Justo es un escribano, la Pura es bella y muy pobre... ¡trabajo les costará vivir en paz con sus nombres!

REMIGIO CÁULA.

La siguiente composicion es una de las que dejó inéditas su autor, el malogrado poeta salmantino don Mariano Gil Sanz, muerto en la flor de su juventud, y cuando tanto prometia á las letras patrias su elevado ingenio.

DOS JUSTICIAS.

De la ley rendido al yugo á morir va el condenado; camina un monge á su lado, junto á los dos el verdugo.

Víctima de suerte ingrata angustiado se revuelve, entre un monge que le absuelve y un verdugo que le mata.

Justicia humana y divina el destino allí eslabona: cuando el monge le perdona, el verdugo le asesina.

Verdugo y monge, los dos llevan de justicia el nombre; uno, justicia del hombre, otro, justicia de Dios.

De inexorable blasona una, y venganza proclama; otra, piedades derrama y olvido eterno pregona.

Cuando perdona y bendice Dios con bondad inefable, en su rencor implacable el hombre hiere y maldice.

Siendo justicias las dos, segun indica su nombre; si es realidad la del hombre ¿qué es la justicia de Dios?

MARIANO GIL SANZ.

SUEÑOS.

I.

Una noche me hallaba sentado en el paraiso del Teatro Real, oyendo ese delicioso idilio musical que se llama *La Sonámbula*.

Acabado que fue el primer acto de la ópera, me recosté en la grada que tenia encima de mí, apoyada la cabeza en la palma de la mano y conmovido aun con el recuerdo de la música que acababa de oír, cuando hé aquí que al lado mio ví asomar por debajo de una falda de seda, un pie de mujer, calzado con una bota de raso negro.

Era un pie lilliputiense, que golpeaba graciosamente la tabla sobre que se apoyaba, y tan pequeño, tan pequeño que hubiera podido calzarse el zapatito de la Puerca Cenicienta.

Comprendo la aficion hácia esos hermosos cabellos que embellecen á algunas mujeres, mas que pudiera hacerlo una magnífica corona, porque ellos demuestran la fuerza de la organizacion y quizá la del sentimiento. Hallo muy natural que un hombre ame los ojos, espejos del alma, ó la frente, reflejo del pensamiento, ó la boca, que atesora tan dulces prendas de amor, y hasta las manos, que pueden dar tan tiernos apretones; pero delirar por los pies, como á mí me sucede, es manía que aun no he acertado á explicarme.

Porque á la verdad ¿qué puede decir un pie, que aunque oculto entre seda ó raso, al cabo está oculto? ¡Y sin embargo, á mí me dice tanto! Y como á mí, tambien debe decir á otros muchos; porque si no, ¿de qué proviene esa coquetería con que las mujeres se calzan; esa predileccion con que cuidan sus pies? no creo que lo hagan solamente por agradarme á mí, aunque esto me halagaría sobremanera.

Pigmaleon no pudo animar á su estatua: las mujeres consiguen dar vida á sus pies; bien es verdad, que las mujeres son muy grandes artistas.

Ved si no esas tentaciones que se deslizan sobre el suelo, ocultas en una bota de raso ó en un zapato de seda ó de tafilete, asomando de vez en cuando por entre los pliegues de un vestido, al atravesar una calle regada ó al subir al estribo de un carruaje, y comprendereis toda la verdad de mis palabras.

Desgraciadamente, lo bueno siempre es poco, y aun en España, donde abunda el género, no son muy co-

munes los pies parecidos al que me inspira estas líneas.

Y permítaseme, ahora que de pies hablamos, dar mi humilde voto respecto á una cuestion que preocupa en sumo grado, y tiene divididos en dos parcialidades, á los admiradores de los atractivos pedestres de las mujeres.

Me refiero á los tacones.

—¿Hay cosa mas seductora, dicen algunos, que esos lindos piecitos, cuyos tacones resuenan tan dulce- mente en el corazon? Una cosa tan elegante, tan graciosa, tan delicada, debe separarse del suelo cuanto sea posible.

—Ya, replican otros; mas ese ruido es indigno de la mujer, la cual debe deslizarse sobre la tierra como un ángel que ha perdido sus alas, pero que aun conserva algo de su origen celeste.

Yo creo que unos y otros tienen razon, porque.... pero volvamos á mi historia.

II.

El pie que tenia á mi lado, es una obra maestra. En la parte superior tiene una curvatura modelada con una suavidad admirable, mientras que en la inferior forma una especie de arco que comienza en un talon fino y descarnado y debe acabar sin duda en unos dedos blancos y de color de rosa. Benvenuto Cellini le presintió tal vez al grabar su *Leda*, porque sólo en esta maravillosa medalla he hallado una cosa parecida.

Pasado el primer momento de admiracion, desde el pie alcé los ojos al rostro de su dueña y quedé enamorado, no me atrevo á asegurar que para siempre, pues no se me creeria. Tampoco diré si la dueña de aquel pie es fea ó bonita: tiene un rostro palido,

Pero es la palidez de la azucena,

un pie incomparable, y estas dos cualidades reunidas son suficientes para hacerme delirar de amor.

Ella debió comprenderlo así, al ver la emocion que espresaba mi semblante, y me lo agradeció del modo para mí mas halagüeño, porque su pie tomó todas las posturas imaginables: irguió su punta como un ave que levanta el pico al cielo, pronta á volar hácia él; la bajó hasta tocar la tabla de mi asiento, como una golondrina que suspendida en el aire se inclina para beber en un arroyo: se recostó graciosamente á uno y otro lado, como desafiando á mis miradas á que hallasen en sus costados la mas ligera imperfec- cion; finalmente, hizo tan provocativas muecas, que hasta parecíome que le oia decir: ¡bésame!

Entonces comenzó el segundo acto de la ópera.

III.

Si desde el tumulto y fragor de una gran batalla, pasase de repente un hombre sibarita y bien organi- zado, á un oasis delicioso lleno de frescas enrama- das, de aguas cristalinas y de canoras aves, esperi- mentaria ciertamente una impresion voluptuosa y placentera, parecida á la que sentia yo, escuchando la música de *La Sonámbula*. Atronados aun mis oi- dos con el estrépito de ciertas modernas partituras, saboreaba con delicia aquellas armonías tan suaves, tan puras, tan delicadas. Al oír una ópera de Bellini, siempre me ha sucedido lo propio que al leer *Pablo y Virginia*, ese poema candoroso y sencillo que no tie- ne igual: me he hallado de súbito rodeado de sombra, de aromas, de árboles y de flores. En la noche á que me refiero, esta sensacion agradable y poética, fue mayor todavía y se aumentó con yo no sé qué elucubraciones, producidas quizá por la proximidad de aquella mujer.

Aquella noche volví á ser poeta: recobré toda la fuerza de mi imaginacion gastada ó perdida hacia mucho tiempo, y como en los insomnios de mis primeros años, caí en un éxtasis indefinible, en un vértigo delirante en el que todo se confundia en mi derredor.

Sin perder una nota de la divina música que oía, contemplando al mismo tiempo el pálido y agraciado rostro de aquella mujer, á quien puedo decir que entonces amaba con toda la plenitud de mi alma, absorbiendo, digámoslo así, las miradas de vez en cuando dejaba caer sobre mi corazon, acompaña- das de una sonrisa, deliré un porvenir de amor y felicidad: me mecí en esos sueños de que pasada la edad de la adolescencia, sólo nos queda un recuerdo.

IV.

Embebecido en estos encantadores pensamientos, de los que en mas de una ocasion me hizo prescin- dir cierta espresion burlona que creí notar en una señora de alguna edad, que acompañaba á mi ídolo, trascurrió el resto de la representacion que yo hubiera querido que durase tanto como los dramas de la India, y fue necesario abandonar aquellas gradas, para mí, verdadero paraiso.

Seguí la huella de aquel pie, que me pareció que dejaba una estela luminosa

Como la nave en el sereno mar,

y marché en pos de mis desconocidas á cierta distan-



GRABADOS DE LOS HIJOS DEL CAPITAN GRANT, EN EL OCEANO PACIFICO.

cia, por yo no sé qué calles; tan absorto estaba en mis amorosos deliquios.

La mas jóven de las dos, andaba con ese paso gracioso y juvenil, parecido al de una hada que apenas toca la tierra, y mas de una vez su mano piadosa, levantando la falda del vestido, me permitió ver de nuevo su hechicero pie y el comienzo de una pierna fina y torneada.

Si ella me ama, pensaba yo, su amor templará el fuego de mi imaginacion, que á falta de pasto intelectual se devora á sí misma, y apagando el ardor de mi sangre que me consume, encontraré el estímulo que necesito para conquistar el porvenir.

Al cabo de un rato se detuvieron á la puerta de una casa, en una calle de cuyo nombre no quiero acor-

darme, y cuando me adelanté para mendigar por última vez una mirada de mi ídolo, ví con gran asombro que la señora que la acompañaba, se dirigió hácia mí y me dijo.

¡Adios, sueños de amor, esperanzas de felicidad, esplendores de una vida poética y elegante, pasion casta y eterna que un momento reanimó mi corazon! ¡Huid, huid para siempre! Bellini os evocó con sus celestes melodias, y una mujer os ha desvanecido con estas terribles palabras:

—Ya sabe usted donde me he mudado, espero que vendrá por casa para arreglar aquella cuentecita.

¡Oh, prosa! Aquella mujer era una patrona de huéspedes, olvidada en el caos de mis recuerdos.

F. MORENO GODINO.

OBRAS DE JULIO VERNE.

Ya se halla de venta la obra de éste célebre autor, titulada *Los hijos del capitán Grant, en el Océano Pacífico*, tercera parte, con que termina la interesantísima expedicion que tan extraordinaria acogida ha merecido en el público. Nada anticiparemos aquí respecto del desenlace de esta notable obra; sólo diremos que en ella alternan las poéticas descripciones en que tan maestro es Julio Verne, con escenas y rasgos de sentimiento que conmueven profundamente.

Los señores suscritores y el público en general, pueden adquirir la tercera parte que aquí se anuncia.

AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 113.

POR DON G. MENENDEZ, (GIJON).

Dedicado á don Dionisio Acebal.

NEGROS.

